



Al menos desde el siglo XIII, en prácticamente toda la península Ibérica, se realizaban escenificaciones teatrales, durante el Jueves Santo y el Viernes Santo, como complemento a la lectura de los textos evangélicos.

Estas representaciones ilustraban los sermones de los clérigos. Su finalidad era, por lo tanto, didáctica. Se trataba de realizar una catequesis que pudiera entrar por los sentidos de los sencillos habitantes de pueblos y ciudades.

En algunos casos estas representaciones, que se realizaban en el interior de las iglesias, se habían convertido en juegos burlescos irreverentes y profanos. Para regular estas prácticas, en 1263, el rey Alfonso X de Castilla dicta una ley que recomienda la realización de representaciones que estimulen a obrar bien, muevan a la devoción y recuerden la memoria del pasado.

Estas representaciones se basarán en textos bíblicos: el lavatorio de los pies de los apóstoles, el camino hacia el Calvario, la crucifixión, la guarda del sepulcro por los soldados romanos... o incluso la creación del mundo y la expulsión de Adán y Eva del Paraíso.

Este mismo rey, Alfonso X de Castilla, visitó Vitoria por primera vez siete años antes, en 1256. Entonces ordenó el segundo ensanche de la villa, con tres nuevas calles: la Cuchillería, la Pintorería y la Judería (actualmente Nueva Dentro). Esto nos permite presuponer que las representaciones de la Pasión en la Semana Santa de Vitoria se remontan al menos al siglo XIII.

Como señala Paloma Manzanos Arreal en su estudio sobre las ‘Manifestaciones religioso-festivas de las vecindades, gremios y cofradías en la Vitoria de la Edad Moderna’, las ordenanzas vecinales de 1483 establecían que los vecinos guardaran las fiestas que mandaba la Iglesia y la propia ciudad, impidiendo abrir las tiendas durante las mismas.

Las procesiones y rogativas eran frecuentes durante el año. Cualquier fenómeno adverso de la climatología daba lugar a una de estas ceremonias. El Ayuntamiento de Vitoria, durante los periodos de sequía, que ponían en peligro las cosechas y la salud pública de la ciudad, o cuando era asolada por epidemias, solía pedir a las cofradías que sacaran a sus santos en procesión para obtener su intercesión. Este fue el caso, entre otras, de la cofradía de la Vera Cruz quien en sus ordenanzas ya contemplaba la obligación de hacer rogativas y procesiones en periodos de sequía y enfermedades.

La hermandad de sastrería y calcetería intervenía en las procesiones de la Semana Santa con un paso de su propiedad, el de la Última Cena. Este paso se guardaba durante todo el año en la Capilla de la Vera-Cruz de la iglesia de San Vicente, hasta su salida el Jueves Santo, durante la procesión de los disciplinantes de la Vera-Cruz. El cuidado del paso era una de las obligaciones que más interés parecía tener para los hermanos de la cofradía y hermandad de sastrería y calcetería. Los principales cargos de la hermandad tenían como cometido “su limpieza y aseo” y todos los viernes del año debían encenderle dos cirios.

El Jueves Santo, antes de la procesión, se adornaba el paso con cuatro velones de cera que el Ayuntamiento donaba cada año a todos los pasos que participaban en la procesión de la cofradía de la Vera-Cruz. Los hermanos que deseaban llevar sus propias antorchas tenían que acudir a la capilla media hora antes del comienzo de la procesión para que los veedores supieran cuantos hermanos iban a llevar las hachas de su propio bolsillo y quienes las de la hermandad.

En Semana Santa destacaban en Vitoria las procesiones de las cofradías de la Vera-Cruz y de la Misericordia, del Jueves Santo y el Viernes Santo. En ambas procesiones participaba, además de los propios hermanos cofrades, todo el vecindario de la ciudad. En las Ordenanzas de la Cofradía de la Vera-Cruz de Vitoria, del año 1538, se puede saber con más detalle cómo eran las procesiones de los disciplinantes del Jueves Santo y la del Viernes Santo.

La primera Procesión del Silencio organizada por nuestra Cofradía recorrió las calles de Vitoria el día de Jueves Santo, concretamente el 6 de abril de 1950.

Como se relata en la Historia de Álava, dirigida por Antonio Rivera, en la década de los 50 “el año estaba sazonado con festividades y actos religiosos –relanzados con renovada popularidad–, como podían ser la festividad de Las Candelas, el Corpus y su octava (con una procesión que recorría las calles de la ciudad vieja y que conservaba su trayecto, a pesar de las estrecheces de la vía, por la ‘fuerza obligada de la tradición’), la novena de la Purísima, la barroca Semana Santa, con su Viacrucis de Abechuco y la procesión silenciosa del jueves, las sabatinas...”